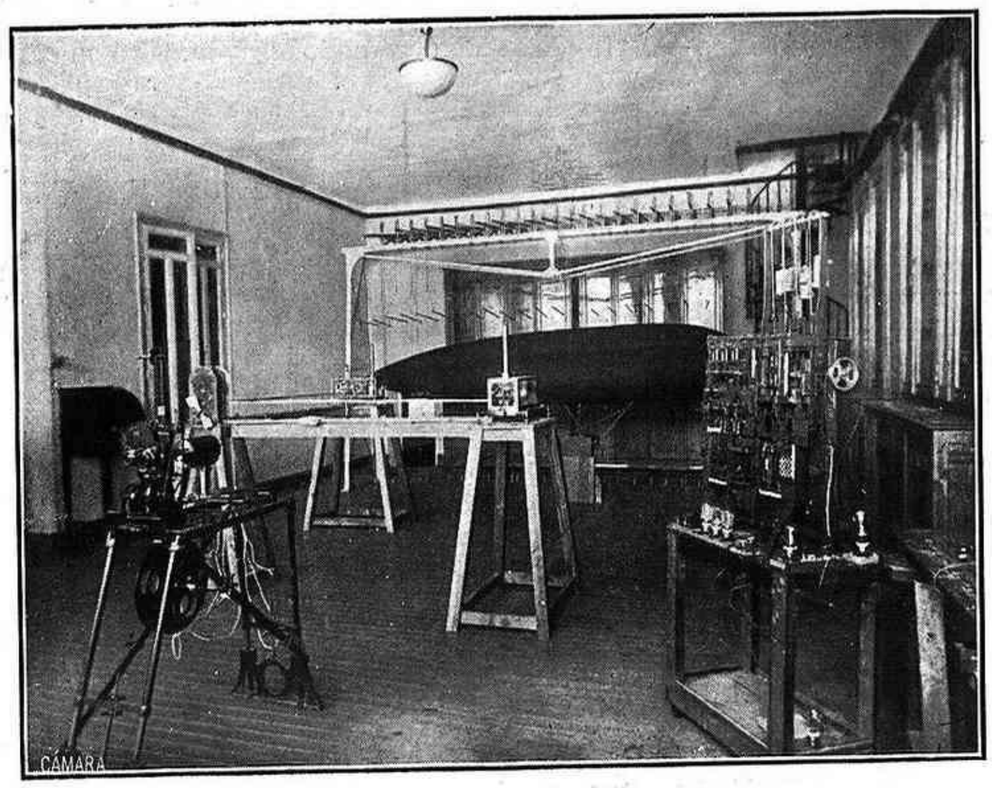
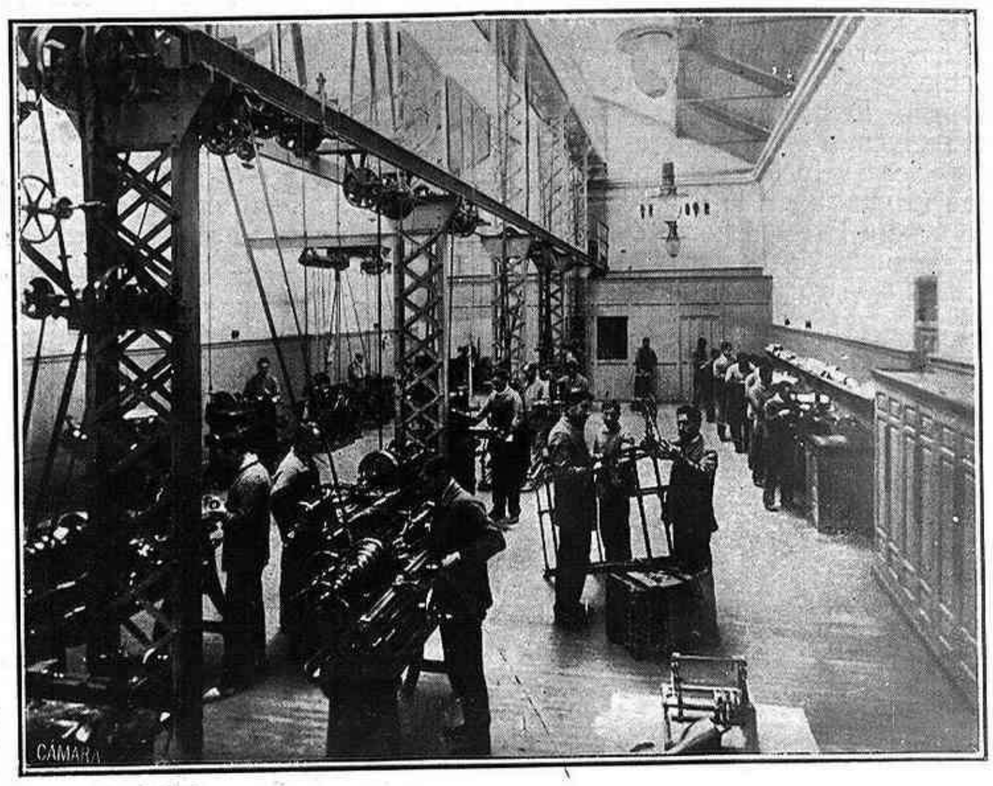
UN GRAN INVENTOR DE HOY

D. LEONARDO TORRES QUEVEDO



Sala de montajes y ensayos.—A la derecha, el aparato que juega el final de una partida de ajedrez



Taller de precisión en el Laboratorio de Aeronáutica, que dirige en Madrid el Sr. Torres Quevedo

Detrás del palacio de la Industria y de las Artes, está el Laboratorio de Aeronáutica que dirije D. Leonardo Torres Quevedo.

He aquí un nombre bien conocido de todos los españoles cultos, en particular, y más generalmente de cuantos en el mundo se interesan por el progreso de las aplicaciones científicas.

Quizá entre nosotros ignore mucha gente la existencia de nuestro Laboratorio de Aeronáutica: el caso no es nuevo; pero en cambio todas las sociedades científicas europeas, donde se asigna á todo mérito su valor exacto, conocen y admiran la labor de las varias secciones de este centro.

Don Leonardo nos ha recibido en un amplio despacho cuyos ventanales, grandes y luminosos, se abren al trozo de campo que acabamos de conocer.

Don Leonardo es un hombre apacible, de hablar reposado, de afabilidad exquisita. Su corpulencia, exenta de todo movimiento brusco é inarmónico, presta á la figura de sabio una atractiva majestad; escucha cuanto le dicen atentamente, como el hombre acostumbrado á investigar la entraña de todas las cosas. Así, su respuesta es tan concisa como le permite cada cuestión, pero siempre bastante á contestar á todo el pensamiento, por mucho que le haya limitado la insuficiencia de las palabras.

Hablamos en primer lugar del Laboratorio; el ilustre ingeniero muestra visible empeño en desviar de su persona la conversación. Es este Centro una de las creaciones de orientación más noble, llevadas á cabo en España por la acción oficial desde hace mucho tiempo, y lo mismo en su parte de Aerotecnia como en la de Mecánica aplicada, que funciona igualmente bajo la dirección del señor Torres Quevedo, realiza una labor constante, no por más silenciosa, menos fecunda.

Su director nos recuerda algunas de estas máquinas de precisión, construidas en esta casa y consagradas luego por la experiencia: el magnetógrafo Brañas, que mide las variaciones del campo magnético terrestre; el cardiógrafo Gómez Ocaña, para el estudio gráfico de los movimientos del corazón; aparatos para medir la fuerza de los electroimanes, las resistencias eléctricas, y otros muchos instrumentos de exactitud maravillosa, entre los que cita más especialmente el aparato Santano para montar en dúplex el telégrafo Hugues, invención española que vino á resolver la insuficiencia del cable de Almería á Melilla cuando el exceso de servicio consiguiente á las pasadas campañas, aún imponía la instalación de otra línea y con ella un gasto enorme para nuestra Hacienda.

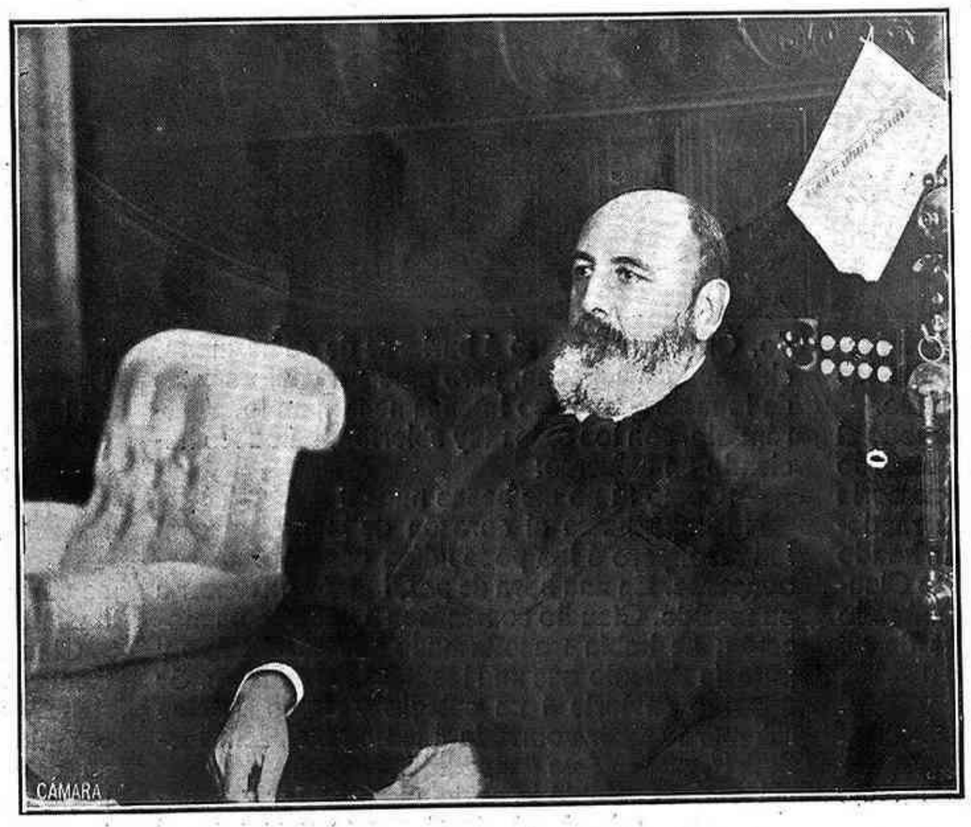
D. Leonardo sonríe al referirnos estos detalles, porque más que los propios. le envanecen como director los triunfos de este laboratorio en el que ha puesto siempre todos sus amores.

Recorremos luego las diversas dependencias de la casa guiados por las explicaciones del ilustre inventor. El taller electro mecánico, donde trabajan varios obreros, las salas de ensayos y montajes, los gabinetes de trabajo de los jefes...; en todas partes, en vestíbulos, pasillos, escaleras, resplandece la más exquisita pulcritud, la tarima encerada refleja las paredes, muebles y aparatos, y la decoración sobria, armoniza perfectamente con este sosiego que es la característica de la casa.

En nuestra visita hemos tenido ocasión de ver algunas máquinas de las que han hecho célebre el nombre del gran ingeniero. Aquel «Telekino» que permitía dirigir desde tierra un barco situado en medio del mar; un pequeño modelo del transbordador que conduce viajeros desde el monte Ulía; una reducción de su globo famoso, adoptado frente á todo otro sistema por una nación tan celosa de su defensa aérea como la Gran Bretaña; y junto á estas grandes obras de la ingeniería, pequeños aparatos que son verdaderos portentos de mecánica, maquinitas que multiplican, integran y resuelven ecuaciones con toda precisión, como si el hombre de ciencia hubiese puesto en cada una de ellas algo de su alma y de sus talentos; finalmente, un aparato maravilloso que juega al ajedrez.

Sí, este aparato, en efecto, juega al ajedrez con el que quiera poner á prueba su habilidad; porque es de advertir que siempre gana. Claro es que se trata de una máquina en estudio y mueve solo un corto número de piezas, pero las mueve con toda seguridad, nos sitia, nos acorrala, nos avisa los jaques y cuando nos da mate corta por sí mismo la corriente, dando por acabada la partida. Y no nos vale usar de mala fe, porque apenas hacemos indebidamente una jugada, el aparato la protesta; si volvemos á incurrir en falta, vuelve á prevenirnos, pero si reincidimos tercera vez, el ajedrecista, justamente molesto, corta la corriente y se niega á seguir jugando con nosotros. ¿Finalidad práctica? No la conocemos: la que tiene todo capricho de inventor; éste demuestra, por lo menos, la posibilidad de resolver todos los problemas de movimiento, aun el más absurdo, con el admirable dominio de la cinemática que es patrimonio exclusivo de D. Leonardo Torres Quevedo.

Ante su modelo de globo dirigible, hemos acabado por hablar de la navegación aérea, uno de los estudios á que más atención ha dedicado siempre nuestro ilustre interlocutor.



D. LEONARDO TORRES QUEVEDO
Insigne inventor español

Yo le pido algunos detalles que me sirvan para hacer historia de su notable descubrimiento, consagrado ya por el triunfo en los aeródromos de fuera de España y tratado por la prensa mundial como la más seria y transcendente afirmación de la navegación aérea.

—Es muy sencillo—contesta amablemente D. Leonardo.—Hacía mucho tiempo desde que llevó trazas de ser una positiva realidad la solución del problema de los dirigibles, y más especialmente desde que comenzó á entablarse entre los técnicos la controversia de cálculos y de experimentos en favor de los globos rígidos ó de los flexibles, emprendí yo con interés el estudio de esta cuestión, buscando una solución media, que reuniera las ventajas de ambas, evitando en lo posible sus inconvenientes.

—¿Y tardó usted mucho tiempo en hallarla?

—Precisamente en esto, no. El tiempo que tarda en ofrecérsenos cualquier idea viable, es siempre muy corto si se compara con el que luego hemos de emplear en convencernos de su eficacia y convencer después á todo el mundo. En 1902 presenté á

(c) Ministerio de Cultura 2006